

de persuadirnos, que nos conduce á la grandeza, nos precipita, por el contrario, en el más profundo abismo de la miseria y de la nada. Hijo el orgullo de aquel rebelde Lucifer, que pretendiendo ser semejante á Dios, hizose príncipe ó tizon del infierno, ¿qué grandeza puede procurar á nuestra alma? ¡Ah! amados oyentes; humillémosnos; sólo la humildad puede ser para nosotros fuente de honores; la humildad solamente puede revestirnos de gracia, colmarnos de gloria. Y aunque por ella seamos pobres y desvalidos sobre la tierra, ¡oh! no es posible, no, que deje de ensalzarnos y de colocarnos en lo más sublime de los cielos. Dios lo ha prometido con juramento: Él no mirará con ojos de Padre sinó á aquel que en la pobreza de espíritu guarda con temor sus preceptos, y pasa los dias de su vida sobre la tierra en la humillacion. Siendo Rey de la gloria, se humilló; y como dispensador de la gloria, solo la concede á los humildes. Abrams, pues, nuestros ojos á la luz de la verdad, sirviéndonos de desengaño los ejemplos de María; sepamos comprender ya, que la verdadera grandeza no se consigue sobre la tierra, y que tampoco se alcanza en los cielos, sinó con la posesion de la más profunda humildad.

La humildad, pero una humildad la más sincera y cordial, sea, pues ¡oh Madre nuestra Santísima! la hermosa virtud con la cual vuestra mano revista nuestras almas en esta noche. Indignos de vuestro maternal afecto, harto hemos seguido hasta hoy los senderos del orgullo, la ambicion y la vanidad; mas ya nos pesa haberlo hecho, ¡oh Madre humildísima! y quisiéramos haberos imitado durante toda nuestra vida, siendo tambien nosotros gloriosas violetas del jardin de la Iglesia. Empero, toda vez que, cual insensatos, nos hemos dejado arrastrar por el orgullo de nuestro corazon, dignaos perdonarnos, y alcanzadnos al propio tiempo el perdon de vuestro Hijo Santísimo. ¡Oh! no sucederá más así, Madre nuestra amorosísima! os lo prometemos á Vos, que fuisteis la más humilde de las criaturas. Esta conducta, léjos de rebajarnos, nos proporcionará, por el contrario, la gloria verdadera, la verdadera grandeza. ¡Ah! no nos abandoneis, pues; y como que nosotros somos propensos á la ostentacion por nuestra propia corrompida naturaleza, curad nuestra fragilidad para que, desengañados de una vez, no pensemos más que en buscar, desear y pedir las humillaciones.

DIA DÉCIMO.

LA VERÓNICA,

Ó SEA:

LA FÉ.

Justus ex fide vivit.
El justo vive por la fé.
(Rom. 1, 17.)

Aquella delicadísima flor, mis amados hermanos, que surge majestuosa de troncos nudosos y serpenteantes, cubiertos de un verde oscuro y de un pardo rojizo, que por su figura, sus propiedades y su color, fué llamada Verónica por los griegos, es todavía denominada Verónica entre nosotros. Semejante por su forma á la espiga, dicha flor, tan pronto aparece á nuestras miradas enteramente blanca, como adornada de admirables matices, los cuales, en un punto son de delicado azul, y en otro, de un rojo precioso. La Verónica jamás se muestra avara de sus deliciosos encantos; de manera, que ella compensa los afanes del agricultor, por poco que éste se aplique á cultivarla. Esa flor crece espontáneamente en todas partes, en toda clase de terreno, en todo yermo, bien sea bajo la sombra más triste, en lo más enmarañado de la maleza, y aún allí donde las rocas parecen retardar é impedir su desarrollo. Cuando sirve de ornato en los jardines, ocupa aquellos lugares que, siendo desfavorables para cualquiera otra planta, á no ser por ella, serían condenados al olvido ó á la esterilidad y á la miseria. Conservando su verdor aún en la estación rigurosa, esa flor sólo desaparece á nuestra vista por breves dias del año; de suerte, que así en el verano, como en la primavera y en el otoño, la podeis observar siempre igual, ostentando con generosidad sus numerosas glorias. ¡Ah! con sobrada razon se dió á esa flor el nombre de Verónica, nombre que significa imágen fiel, imágen que no burla nunca nuestra esperanza.

Tambien nosotros, mis amados oyentes, somos imágenes, é imágenes de aquel Dios perfectísimo, que tales quiso hacernos en nuestra creacion. Nosotros, igualmente, somos llamados fieles, por aquella fé santísima que nos fué infundida por Dios, y por medio de la cual pasamos á ser otras tantas místicas Verónicas, fieles imágenes del Altísimo. Mas ¡ay! ¿con cuánta frecuencia faltamos á esa fé, por la cual somos nombrados y apellidados fieles? ¡Ah! bien que no haya ésta desaparecido enteramente de nuestro corazon, se halla ofuscada en él por el consorcio de horribles mónstruos, que la despojan de toda gracia, de todo atractivo y de todo honor. Esa es una fé que sólo conserva su verdadero valor cuando es la expresion de la más sincera humildad; y en nosotros se junta con la más loca presuncion y con el orgullo más repugnante é indigno. Es una fé que conserva su precio cuando se halla en ejercicio incesante; al paso que en nosotros se encuentra ociosa é inactiva, intranquila é inerte. Es una fé, por último, que aprovecha cuando sirve de robusta coraza al valeroso guerrero; miéntras que en nosotros sólo se distingue por la flaqueza más deplorable, por la languidez más triste y miserable.

Y siendo ello así, ¿pudiéramos hacer alarde de engalanarnos con el nombre de espirituales Verónicas, de imágenes fieles del Altísimo? ¡Ah! no es este, ciertamente, mis amados hermanos, el ejemplo que nos ofrece nuestra Madre Santísima. Ella, sí, que pudo llamarse, y fué en realidad en el jardin de la Iglesia, mística Verónica, la imagen fidelísima, que jamás faltó á aquella fé, que infundida por Dios con abundancia en el alma, distinguióse siempre con aquel esplendoroso manto de la santa humildad, bajo el cual Élla vivía; con aquella llama activísima, de que sintiéndose penetrada por todas partes, la inducía á una actividad incesante; con aquella fuerza eminentísima, que la hacía siempre superior á todas las pruebas, inquebrantable en toda tribulacion, y victoriosa en todo combate. ¡Ah! aprendamos, hermanos míos, aprendamos de María si deseamos de veras nuestra eterna salvacion.

Sin fé, en vano esperaríamos la salvacion, y en vano nos persuadiríamos, que mereceremos el agrado del Altísimo; empero, no es ménos vana tampoco, mis amados oyentes, la fé que se asocia al orgullo, la fé que está ociosa, y que no sabe resistir al menor peligro.

No, mis amados hermanos; la fé, para que haga de nosotros unas místicas Verónicas, unas imágenes fieles del Altísimo, debe despedir brillantes resplandores; y yo quiero ahora demostraros, que debe resplandecer por la humildad de la razon, por los actos de la voluntad, y en ambas facultades por su fortaleza.

Inteligencias orgullosas de nuestro siglo, vosotros que os haceis de la fé un objeto de irrision y de mofa; ¡oh! vosotros temblais y llorais ante los luminosos ejemplos de fé que nos ofrece nuestra Madre María. ¡Quiera Dios que ese temor y ese llanto, como espero, os vuelva á la sencillez de aquella fé, que es la única que puede justificarnos y salvarnos. A. M.

La fé, mis amados hermanos, por el mero hecho de ser tal, es el fruto de la más profunda humildad; y no hay necesidad de aducir gran copia de argumentos para comprobarlo. Decidme sinó, ¿conoceis el verdadero espíritu de la fé? Si lo conocéis, no me dirijo á vosotros, toda vez que ya os supongo convencidos; mas si no lo conoceriais, debo haceros observar, que la fé prescinde de toda intrínseca percepcion de su objeto; el hombre que cree, no ve la interna evidencia, sinó la externa, que deriva del lenguaje exterior, de la reconocida autoridad de otra persona. ¡Cómo, pues, no hemos de llamar á esa fé verdadero fruto de la más profunda humildad! ¿Pudiera, acaso, la razon gloriarse de explicar su virtud, y de poner en ejercicio sus fuerzas, cuando una voz autorizada se lo prohíbe y se lo impide? Y si á pesar de ello lo intentara, ¿no fuera eso, por ventura, pretender alcanzar un fin con medios destructores del mismo fin? Supongamos, por un momento, que la razon humana pudiera descorrer el velo que le oculta los objetos de su fé, y llegar hasta su conocimiento intrínseco; en este caso, mis amados hermanos, él ya no creyera, sinó que viera; no tuviera fé, sinó evidencia.

Quien quiera creer, realmente, quien desee poseer la fé, es preciso que se humille, que renuncie á su propia razon, que se convierta, por decirlo así, en potencia ciega, cual es precisamente la voluntad humana. Y si ese discurso conserva su valor cuando se trata de la fé en general, ¿pudiera, acaso, perderlo, cuando se trata de la fé divina, sobrenatural y celestial? Para ello, apelo, hermanos míos, á vuestro buen sentido. Si es una verdad, que la razon humana se halla propensa á creer, ciegamente, por la autoridad de otra persona que le habla, no concibo cómo hablando Dios, veraz por esencia y fuente de verdad, esa humana inteligencia puede sacudir el yugo é inmiscuirse en aquello que no le es lícito, é inmiscuirse en ello para examinar si es verdadero ó nó, lo que le fué propuesto por la eterna Verdad. ¡Ah! qué desdicha la de cuantos vivimos en estos tiempos! ¿Acaso pudiera objetármese aquí el precepto del Apóstol, con el cual nos intima, que sea racional el culto, que le ofrecemos? Séalo, puesto que debe serlo. Mas ¿comprendeis bien en qué consiste el que

sea racional? No consiste en otra cosa, que en la validez de los motivos que nos obligan á la fé, y en la infalible autoridad de aquel Dios, en cuya palabra creemos.

Por lo demás, en cuanto á las verdades consideradas en sí mismas, nosotros debemos, como nos dice el mismo Apóstol, cautivar nuestro entendimiento; y cautivar el entendimiento es, dice el Doctor angélico, privarlo enteramente de discurrir.

Sí, mis cristianos oyentes; lo que asegura nuestra fé, no es la fuerza de la comprension, sinó la humildad en creer, os digo ahora con San Agustin. Y añadido, con San Gregorio, que aquella fé en la cual interviene la razon, carece de todo mérito. Finalmente, os haré observar, con Clemente de Alejandria, que es digno de premio el que ignora aquello que cree: *Habes præmium ignorare quod credas*. Vedlo; sinó, hermanos míos, en Abraham. Él posee la divina promesa de obtener de Isaac numerosa prole; y, sin embargo, cuando el Señor le manda que le sacrifique sobre el Moria, el patriarca no duda ni un instante de la recibida promesa; y si se muestra admirable en la prontitud con que se dispone á la ejecucion del mandato, no lo es ménos la firmeza de su corazon en creer, que de las frias cenizas de su difunto hijo saldrá la multitud innumerable de descendientes que el Señor le prometiera. Ved en ese ejemplo, repito...

Mas, ¿en quién podeis verlo mejor que en nuestra Madre María? ¡Ah! sí; la fé de María fué y será siempre, el modelo, el dechado más perfecto que nosotros podemos imitar. Cual mística y siempre bella Verónica, no deja, ciertamente, defraudadas las esperanzas que en Élla se cifran. De Élla espera y requiere el Altísimo una fé humilde; y Élla se humilla, en materia de creencias, hasta un punto que excede á nuestra comprension. Élla es la primera á la cual anuncia el Angel el misterio inefable de la Santísima Trinidad, cuando, al saludarla, le dice, que tiene consigo al Señor; y le asegura, que descenderá sobre Élla el Espíritu Santo, y la alienta con la esperanza de ser fecundada por la virtud del Altísimo; y María, sin haber recibido esa tradicion clara y explicita de su pueblo, María, sin vacilacion alguna, lo cree, y adora con reverencia, lo admira con estupefaccion, sin que venga á perturbar su alma la menor duda sobre el asunto. Gabriel le asegura, que Élla es la que ha sido profetizada por Isaias, la que ha de dar á luz al Verbo hecho carne; y María no duda de la verdad de sus palabras. El celestial mensajero le predice, que en Élla se unirán la Azucena y la Rosa, la maternidad y la pureza; y Élla, desde luego, se rinde, no duda ni un momento siquiera. Que si Élla pregunta: *¿Quomodo fiet istud?* esa pregunta es hija, exclusivamente, del pro-

fundo amor que siente su alma por la pureza; y áun solamente la dirige al ser saludada por Gabriel cual Madre de Dios, salutacion, que ninguna seguridad le daba acerca de su virginidad. Mas no bien se le indica que no ha de perder tan preciosa joya, sin preocuparse lo más minimo sobre la manera con que debe obrarse tan estupendo milagro, inclina su frente, cree, y enmudece. Y á fin de que no falte á la prueba de su fé, el Angel le anuncia, que Elisabeth, siendo de edad ya avanzada y estéril, desde su juventud, es ya madre de un hijo; y María está tan cierta del prodigio como si lo estuviera viendo con sus propios ojos.

¡Ah! confesemos, pues, que la fé de María fué una fé verdaderamente humilde, verdaderamente sencilla; una fé, que no repara en obstáculo alguno, ni reconoce ninguna dificultad; una fé, que se rinde apénas oye la voz de la Verdad por esencia.

Empero, la fé, mis amados hermanos, no exige solamente un entendimiento humilde, requiere, además, una voluntad operativa. Es un error de los pretendidos reformadores, condenado de un modo muy terminante por el Concilio de Trento, el asegurar, que para nuestra salvacion basta una fé estéril y especulativa. No, hermanos míos; la Religion santísima, que fundada por el Redentor para la salvacion del hombre, establece la norma por la cual debe ser gobernada la razon, no deja sin guía á la voluntad; y así como á la primera le propuso verdades especulativas racionales, que, superando su perspicacia, debían, indispensablemente, obligarle á prestar el homenaje de sumision y de obediencia; así tambien propuso á la segunda verdades prácticas, máximas y preceptos, con las cuales debía, no diré violentar, sinó atraerse con persuasion y dulzura el acto más sublime del hombre, el ejercicio de su libertad.

Así, pues, sólo podría llamarse verdaderamente fiel todo aquel, que, humillando la razon, deja pronta y sumisa á la voluntad; y que no contento con creer lo que es superior á su razon, practica todo aquello que repugna á sus rebeldes pasiones; todo aquello que es necesario para declararle cristiano; todo aquello que le ordena la fé que profesa. Persuadámonos bien de esta verdad, mis cristianos oyentes; la fé sin las obras, es un cadáver: *Fides sine operibus mortua est* (JACOB. XX, 16). Las obras solamente manifiestan lo que somos: *Ostende ex operibus fidem tuam* (IBID. II. 18). Y el Apóstol Santiago nos advierte, que la fé por sí sola no justifica. *Numquid fides poterit salvare eum?* (IBID. 14).

¿Dónde están en nuestros dias las obras de la fé, mis amados hermanos? Hoy sólo se cree aquello que se quiere; aquello que place.

Hoy las pasiones son, por decirlo así, la regla de la fé; cuanto á ellas les repugna, se desconoce; y en tanto sucede así, bien puede repetirse con san Hilario, que esa fé no es la fé del Evangelio, sinó la fé de la época: *Fides temporum, non fides Evangeliorum* (LIBEL AD COSTANTEM.) *Fides temporum*, respecto de la santificación de las fiestas; *Fides temporum*, tocante al uso de las viandas prohibidas, aún en los dias más sagrados; *Fides temporum*, en las obras de la carne, que hoy se ostenta triunfante sobre la tierra; en una palabra: *Fides temporum, non fides Evangeliorum*, en el olvido completo de la ley santa de Dios.

No obró así, ciertamente, la Santísima Virgen, mis amados hermanos. Esa mística Verónica produjo frutos en abundancia, se vistió de innumerables hojas y conservó constantemente sus flores. Ella creyó, no con el entendimiento solamente, sinó, además, con su voluntad. Cual espiritual Verónica la hemos visto someterse á las divinas revelaciones; dócil á los misterios que le fueron revelados; y cual espiritual Verónica la estamos considerando ahora, pronta á ejecutar todo designio del cielo; á poner en práctica los divinos preceptos. La ley fué para Élla sacrosanta; y no hubo temor alguno que Élla quebrantase el más leve mandato. Las ceremonias legales son para Élla un extricto deber, y nunca las descuida. El privilegio y la dignidad de Madre de Dios la eximian de infinitas observancias; mas Élla quiso mostrar en sus obras, que era verdadera hija de su Padre celestial. De ahí su viaje á Belén, obedeciendo á los decretos de César, que para Élla eran decretos del Altísimo; de ahí, su viaje á la Judea, que le fué ordenado por Dios, por medio de Gabriel; de ahí, su viaje á Egipto, que le fué intimado por la voz de José, y considerado por Élla como un designio del Eterno; de ahí, finalmente, su subida penosísima al Calvario, á donde sólo la fé la condujo, sólo la fé la guió, y en donde sólo la fé la sostuvo; en donde por la fé ostentó todos sus variados matices, siendo allí Verónica blanca en la inocencia pisoteada; Verónica encarnada en el amor herido, y Verónica azul en la grandeza despojada de todo honor. La fé fué, en resumen, mis cristianos oyentes, la única regla de María: ella guió sus pasos, dirigió sus acciones, reguló sus palabras, nutrió los efectos de su corazón; ella la convirtió en el jardín de la Iglesia, en Verónica espiritual, pero la más lozana y sublime de todas.

Empero, esa fé tan santa, que requiere un entendimiento humilde y una voluntad pronta y ciega, exige, igualmente, una grande energía y un gran valor para hacer frente á toda tentación, tribulación ó peligro. Yo recuerdo ahora; que estoy hablando, hermanos míos, á

los descendientes de aquellos, que tanta fortaleza mostraron en presencia de los tiranos, de los tormentos y de las fieras; recuerdo, que os estoy hablando á vosotros, que os gloriais, con justo título, de vuestros antepasados. Decidme, pues, ¿es, acaso, vuestra fé la que ellos os enseñaron con sus palabras y sus obras? ¿Mostrais vosotros, por ventura, en vista de las tribulaciones, aquella fortaleza, de la cual ellos os legaron el más heroico ejemplo? ¡Ah, desventurados! cuán distantes estamos de nuestros mayores en este punto! Hoy, el renegar de esa fé santísima, es considerado como cosa de moda, como indicio de talento, como una bagatela, como una costumbre; y cuando alguno persevera firme, la encierra en su interior; y para evitar el calificativo de santurrón, para no ser mirado con desdén, guarda silencio, si en su presencia se hace de la fé un objeto de irrisión y de desprecio; hasta que, al fin, reniega de ella. Y con semejante conducta, ¿pudieran, acaso, esos tales llamarse verdaderos imitadores del Crucificado, fieles observantes de la ley? ¿Pudieran creerse armados con el escudo que el Apóstol nos manda abrazar: *Sumentes scutum fidei?* (EPHES. VI, 16.)

¡Ah, hermanos míos! temamos, sí, la amenaza de Cristo, cuando declara, que él se avergonzará de reconocer por suyos á aquellos que se avergüenzan de confesar su nombre en la tierra. El demonio, es cierto, nos está acechando para apoderarse de nuestras almas, y procura seducirnos con discursos que respiran independencia, con máximas perversas, y con diabólicos consejos; nosotros, por nuestra parte, debemos oponerle resistencia, segun nos lo ordena el apóstol San Pedro: *resistite*; y debemos resistirle con fortaleza: *resistite fortes*; y nuestra fortaleza debe apoyarse en la fé, proceder de ella, ejercerse por medio de ella: *Resistite fortes in fide.* (I. PETR. V, 9.)

Tal precisamente se ofrece á nuestra vista la fé de María. ¿A cuántas pruebas, mis amados hermanos, no estuvo sometida nuestra Madre amorosísima? Y sin embargo, Ella permaneció siempre firme en la fé. Bien pudo parecerle cosa un tanto dura el adorar como Dios á un tierno y desvalido infante, nacido en medio del universal abandono, desprovisto de todo bien, careciendo hasta de lo más necesario para la subsistencia; y no obstante, Ella le adora. Bien hubieran podido otras almas desfallecer, al tener que ocultar al nacido Dios infante, para librarle de las manos de un impío, de un Herodes, de un vil asesino; mas no por ello se conmueve María. El permanecer Jesús por espacio de más de treinta años en la oscuridad de un taller, sin dar señal alguna de su divinidad, hubiera, acaso,

engendrado dudas en una alma flaca; mas la fé de María es harto grande para desmayar en prueba tan débil....

Mas, ¿por qué ahora debo ir yo recordando tales hechos, mis amados oyentes? Pasemos al Calvario, sí, al Calvario, á aquel monte, que fué considerado por los hebreos como estéril é incapaz de producir flor alguna; y sin embargo, en él fué donde germinó nuestra mística Verónica, nuestra Madre Santísima. A la sombra de aquella cruz, en la humedad de aquella sangre, en medio de aquellas peñas bañadas con el sudor divino ¡oh! la mística Verónica descuella por la elevacion de sus ramas, por la frondosidad de sus hojas, y por el encanto de sus flores.

Pasemos, repito, al Calvario, hermanos míos; allí es donde brilla la fé de María con todo su esplendor. Aquel que Élla adora como á su Dios, reconoce por su Padre, y al cual llama su todo, está allí, extendido sobre una cruz, sumergido en un mar de dolores, abandonado de los hombres, desamparado hasta de su mismo Padre; mas María, ¡oh! Ella no le desconoce, no le abandona, no le niega. Blasfeman contra Él los sacerdotes, y Ella le adora; se mofan de Él los poderosos, y Ella le dirige sus súplicas; Él es el oprobio de la plebe, y María le ama. Y le ama porque reconoce que es su bien; le dirige sus súplicas, porque reconoce que es su Padre; y le adora, porque reconoce que es su Dios: en una palabra, le adora, le suplica y le ama por puro efecto de su ardiente fé; de aquella fé, que permanece firme en las tribulaciones y en los peligros; de aquella fé, que no conoce obstáculos y desprecia los trabajos; de aquella fé, por último, que la constituye verdadera Madre de los creyentes, que la hace bienaventurada por haber creído; *beata quæ credidisti*.

Cotejemos ahora, mis amados oyentes, con la fé tan humilde, activa y firme de María, nuestra fé, tan orgullosa, tan estéril é impotente, y despues de haber hecho tal parangon, lloremos nuestra ceguera. ¿Cuál es la fé que hoy reina en la tierra? Una fé que sólo se limita á aquello que ve con toda evidencia; que desconoce, ridiculiza y desprecia los misterios, unos misterios los más sacrosantos; una fé que, á lo más, se contenta con un acto estéril respecto del entendimiento, sin que la voluntad, por su parte, en ello intervenga, ni se emplee en el cumplimiento de los preceptos promulgados é impuestos por esa fé misma; una fé, que limitándose á conservar un pálido recuerdo en el fondo del corazon, teme mostrarse al exterior; y obra así, no por temor á la cuchilla de los verdugos y los tiranos, sinó por el miserable *qué diran*, por los innobles sarcasmos de hombres impíos, de insensatos incrédulos, de malvados libertinos.

¡Oh! ¡cuán triste es la condicion de nuestros dias, mis amados hermanos! Hubo un tiempo, en que los fieles gritaban: *Absit gloriari, nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi* (GAL. VI, 14); hoy, el Crucificado ha pasado á ser objeto de infamia, desconocido del impío, contradecido por los pecadores, y no confesado públicamente por los meticulosos cristianos. ¡Ah! reavívase, pues, esa llama casi extinguida de la fé, y dado que no pueda ser reanimada en todos los hombres, séalo, al ménos, en aquellos que protestan ser hijos y devotos de María. Si, vosotros, vosotros, al ménos, abrazad con valor el escudo de la fé, y sumisos á sus misterios, practicad puntualmente los preceptos que ella impone; confesad sus preceptos y misterios con firmeza á la faz de los impíos que os rodean, en presencia de los hombres inícuos, que con sus sarcasmos é insultos quisieran arrancaros del corazon amoroso de vuestro Dios. Aprended en los ejemplos de María; implorad de Ella la fuerza, la proteccion y la defensa.

Y ¿quién pudiera socorrernos más que Vos, espiritual Verónica, que, fiel siempre á los designios de Dios, disteis frutos de fé, y frutos ópimos, hasta el punto de ser ellos objeto del asombro de los Angeles mismos del cielo? ¡Ah! sí; miradnos durante estos dias con ojos de piedad; y toda vez que el creer, es hoy considerado en la tierra como un delito, el someterse á la fé, se califica de locura, y el confesarla públicamente, se moteja de insensatez; infundid la firmeza en nuestros corazones, y hacedlos semejantes á Vos en la humildad de nuestro entendimiento, para confesar los sublimes misterios de nuestra augusta Religion; haced que practiquemos sus máximas, cumplamos sus preceptos, y respetemos sus mandamientos. Y cuando por ello debamos ser objeto de las burlas de los impíos, y arrostrar todo género de escarnios y de sarcasmos, haced que entónces recordemos vuestra proteccion ¡oh María! recordemos que es preciso que aparezcamos como nécios, ante la tierra, por amor de Jesucristo; recordemos el gozo con que los Apóstoles sobrellevaban las befas y los insultos; y tales reflexiones, corroboradas con vuestro ejemplo, nos darán la suficiente fortaleza para confesar á Jesús, y á Jesús crucificado. Y en este caso, ¡qué dicha la nuestra! Siendo confesores de Jesús en la tierra, y participando de la guerra que padeció por parte de los hombres, participaremos, igualmente, de la gloria de que se halla rodeado en los cielos.